

EL TIPOGRAFO

Órgano de la Sociedad Tipográfica Montevideana



Montevideo, Noviembre 1.º de 1889

PERIÓDICO QUINCENAL

Año VI — Número 147

Administración: Florida 209

SUSCRICIÓN

Por un mes. \$ 0.20
Número suelto. » 0.10
En el extranjero, por un mes. . . » 0.30

EL TIPOGRAFO

Requien eternam

El dos de Noviembre es el día designado por el vulgo para visitar las fosas de los deudos que rindieron su tributo á la naturaleza.

Allí, en el mausuleo, donde descansan los restos de los que hicieron su viage perentorio en este mundo, y donde todas las miserias de la vida se acaban, se vé en ese día á la joven y á la anciana, adornar de flores, mezcladas con lágrimas y oraciones fervientes, la lápida do reposan los despojos de seres queridos que se fueron para siempre, pero cuyo recuerdo quedó grabado eternamente en sus corazones.

La *Sociedad Tipográfica Montevideana* también llora, — como madre que perdió en lúgubre noche á sus hijos, — á los miembros que cayeron bajo el peso de la guadaña destructora, y riega de flores sus panteones y deposita coronas de siempre-vivas sobre sus lápidas.

Recuerdos tristes nos vienen á la mente al recordar los nombres de Francisco Mateu y Solé, José Peon, Francisco R. Fernández, Luis de Torres, Laureano Larramendi, Enrique Ponte, Emilio y Pedro López: todos ellos dechado de honradez, y que ayer, — parécenos como si fuera hoy, — debatíamos como hermanos en el local social los asuntos de trascendencia para el gremio, ¡sin pensar ninguno de ellos el próximo fin de su existencia! ¡Triste, en verdad, es el pensar en lo que vienen á parar los afanes del hombre!

Por lo general, pensamos en el más allá difusamente, pero no nos detenemos y seguimos engolfados en los torbellinos mundanales, como frágil barquilla que el río arrastra en su corriente.

Todo es efímero! ¿De qué le sirve al avaro acumular caudales que no ha de disfrutar?

¿De qué sirven las luchas efímeras por alcanzar glorias, poder y riquezas? ¡De nada!

El rico y el pobre, el honrado y el vicioso, el anciano y el niño, todos son envueltos por la impetuosa corriente y sumergidos en el insondable abismo!

El corazón se oprime, los ojos se cubren de lágrimas, cuando se trae á la memoria los nombres y las imágenes de los seres queridos que ya no existen.

Cumplimos con un deber sagrado los sobrevivientes al recordar con veneración los nombres de algunos de los fun-

dadores de la *Sociedad Tipográfica Montevideana* para que conozcan y comprendan nuestros consocios, á quiénes se debe la estabilidad y existencia de esta institución.

Ellos fueron los primeros que dieron forma al cuerpo social y nos trazaron el camino que debemos seguir; á ellos se les debe la unión del gremio: René Saint-Lannes, Eduardo Sueyras, y Francisco R. Fernández fueron de los fundadores, y después Emilio López, fué una de las primeras figuras del gremio, uno de los que siempre mantuvo incólume la dignidad tipográfica, llevando el convencimiento con su palabra fácil á los que vivían en el error.

Sírvales de corona de siempre-vivas esta humilde conmemoración que les dedica EL TIPOGRAFO, como prueba de cariño y respeto á sus memorias y á la de todos los demás consocios extintos. ¡Paz en sus tumbas!

Y.

Dos de Noviembre

Llegó el día de los recuerdos sagrados, en que toda la humanidad vierte una lágrima al pié de una sepultura!

¿Quién no tiene que llorar en este día la pérdida de un ser querido?

Todo el mundo; todo mortal, tiene por ley natural que elevar una plegaria fervorosa á Dios, siempre que llega el día 2 de Noviembre.

La *Sociedad Tipográfica Montevideana*, esta institución que, cual madre amorosa, siempre supo acudir solícita á enjugar las lágrimas del infeliz obrero tipógrafo, que siempre sigue los divinos preceptos de ayudar al desvalido, de dar sepultura á los muertos, hoy viste de luto, puesto que no puede, como en otros años anteriores, dedicarles un tributo, que demuestre al mundo que jamás fueron olvidados los que supieron cumplir con su deber.

¡Dos de Noviembre! la fúnebre campana del recinto de los muertos nos indica con su lúgubre tañido que debemos dedicar unos breves instantes á orar fervorosamente por el eterno descanso de los que fueron nuestros compañeros de infortunio.

Los salmos que los ministros de la religión cristiana otonan en sufragio de las almas de los que ya no existen, nos recuerdan que debemos dedicar aunque más no sea, un recuerdo á los que fueron nuestros compañeros.

Todo es dolor y luto, allá en un solitario rincón, están dos mujeres arrodilladas junto á una rústica y mal labrada cruz de madera, la exuberante hierba que sin ningún cultivo crece en ese paraje, no deja ver á los ojos profanos de los que sólo van en este memorable día

de recuerdos íntimos y dolorosos, á lucir sus prendas personales, de que allí existe una fosa que guarda los restos de uno de esos obreros del progreso, que muchos escritores han titulado anónimos.

Para la sociedad, para el mundo, que sólo vive del falso oropel y de la vanidad ficticia, nada importa la desaparición de ese sér que sucumbió al pié del yunque del trabajo diario; pero para esas dos que oran fervorosamente al pié de esa ignorada tumba, importa para ellas un tesoro perdido que jamás recuperarán en este valle de lágrimas y de amarguras.

EL TIPOGRAFO se hace un deber en dedicar estas breves líneas en recuerdo de los que yacen durmiendo el sueño en la humilde fosa perteneciente á la *Sociedad Tipográfica Montevideana*.

Oremos, pues.

C.

Gracias, gracias mil

No puedo por menos, al empezar á escribir las presentes líneas, que decir al ilustrado y generoso compañero, que se oculta bajo el seudónimo de *Un tipógrafo*, «Gracias, gracias mil».

No es la vanidad efímera, ni el zabu-merio de las alabanzas — inmerecidas por cierto, — que me dirige ese señor, lo que me hace tomar la pluma.

No es la ambición de hacerme espec- table á los ojos de mis hermanos de labor lo que mueve mis dedos, para depositar en las cuartillas de papel mi contestación, pues, creo que siempre, — y en esto perdónese me la inmodestia, — he preferido quedar oculto en el incógnito.

Lo único que me guía al dar este paso, es agradecer efusivamente á ese buen compañero, que me ensalza con tan galanas y honrosas frases, y á la par declinar la erección de que me hace objeto, de que «yo soy el más autorizado y competente para ponerme al frente de la nueva campaña propagandista, por las merecidas simpatías de que gozo en el gremio, y porque represento, el vigor, el empuje y el verbo de la propaganda iniciada hace seis años en el gremio tipográfico».

Perdóneme el amigo *Un tipógrafo*, que exclame: «No tan calvo que se le vean los sesos».

Es cierto, que yo he sido el último recluta de esa pléyade de valientes compañeros que se lanzaron á la defensa de nuestros derechos; es cierto también, que he apoyado en cuanto he podido y á mi alcance estaba, por que la propaganda emprendida no decayese un sólo instante; pero de esto á la opinión que usted de mí se ha formado, hay tanta diferencia como del día á la noche.

Existen en nuestro gremio, y esto no hay que dudarlo, personas más compe-

tentes y más aptas, que bien pueden emprender con probabilidades seguras de éxito esa campaña propagandista, que tanta falta hace, para que nuestros hermanos de labor despierten al grito de «desperta ferro», que recordaba á los almogábares para entrar á la pelea.

A ellos, pues, debe dirigirse *Un tipógrafo*, que no quedará desairado; á esos inteligentes é instruidos compañeros que han dado pruebas irrefutables de abnegación es á quienes debe dedicar esas alabanzas, que dirigidas á ellos serán justicieras, pero que dedicadas á mí, son inmerecidas.

El señor *Un Tipógrafo*, parece que en su artículo, ha seguido al pié de la letra aquello de «*que á Dios rogando, y con el mazo dando*», pues en seguida de tribuarme elogios, me hace, no digo con intención, pues quizás sea hecha con la mayor buena fé, esta sencilla pregunta: «¿Se hace acaso solidario de errores ajenos?»

Esta sí que es una pregunta, que verdaderamente no se sabe cómo contestarse.

No quiero remover cosas añejas, pues no es el caso ahora volver á sacar á luz cosas que ya están en el olvido, pues de ese modo podría convencer al señor *Un Tipógrafo* que aun uno, siendo inocente de errores ajenos, muchas veces tiene que pasar por solidario.

Las apariencias engañosas, hacen á veces aparecer mártir al culpable y culpable al mártir.

Pero prosigamos; á renglón seguido me recuerda, con justa razón, la promesa que hice conjuntamente con otros compañeros, que jamás abandonaría, mientras pudiera, el puesto de honor de colaborador en las columnas de *EL TIPOGRAFO*.

Creo, que prueba más clara de que he cumplido mi palabra, es el artículo que la Dirección de este periódico, con una galantería que agradezco en extremo, publicó como primer artículo en el número 146 de esta hoja.

Habría causado extrañeza, no lo dudo, el que después de una ausencia harto prolongada me presentara nuevamente combatiendo la idea de la formación de una nueva Sociedad de Resistencia, pero eso creo que le probará al señor *Un Tipógrafo*, que si por un momento dejé olvidada mi promesa, en los momentos de peligro, siempre sé estar en mi puesto.

Todos los hombres somos susceptibles á errores más ó menos grandes ó pequeños, y es por eso que yo, al que me censure mi actitud asumida en la presente ocasión, solo le recordaré la divina paradoja del Redentor de la Humanidad: «El que no haya pecado, que tire la primera piedra».

Dejemos esto á un lado y sigamos contestando al artículo en cuestión.

Dice *Un Tipógrafo*: «Proclámese independiente de influencias extrañas, que antes que las simpatías personales está el deber».

Jamás eclipsó mis sentimientos honrados las simpatías personales, cuando el deber me llamaba.

En muchas ocasiones he acallado la gratitud de la amistad, al cumplimiento

de mi obligación; varias veces he pospuesto al reconocimiento eterno de favores debidos á un amigo, para aplicarle sin consideraciones de ninguna especie el castigo que mereciera la falta que hubiera cometido.

¡Cuántas y cuántas veces he fustigado inclementemente al que me había colmado de favores, pero era porque había faltado á su deber; porque olvidaba por un momento lo que á él se debe y á sus compañeros!

Sobre este particular, mi conciencia está tranquila: la amistad forma anillos de hierro cuando ésta es sincera, pero el deber, ese deber que se sobrepone ante todas las cosas, ese deber que hace abandonar en momentos dados el hijo á sus amantes padres, el esposo á su adorada mujer, el hermano á su cariñoso hermano; para el deber, repetimos, esos anillos son de papel, pues con la mayor facilidad los hace añicos.

Por eso, es que al volver á escribir en *EL TIPOGRAFO* decía «que volvía, no con más bríos al combate, pero sí alimentando siempre las mismas ideas y las mismas doctrinas».

Creo que con esto, se dará por satisfecho el señor *Un Tipógrafo* y se convencerá de que no estoy, ni estaré sujeto jamás á influencias extrañas.

Antes de concluir, sólo me resta agradecer los benévolos cuantos inmerecidos conceptos que de mi humilde persona hace en su brillante y bien escrito artículo el señor *Un Tipógrafo*, y volver á decirle: gracias, gracias mil.

E. TERRADA.

Nota - También debo hacerlas extensivas al autor del primer suelto de *Crónica* por la opinión que se ha formado de mí.

EL TIPOGRAFO, á mí nada absolutamente me debe; á quien se lo debe es á los propagandistas que siempre han sabido mantener con bríos y pujanza los derechos del obrero.

A ellos tócale la gloria: á mí la satisfacción de haber contribuido de Pascuas á Cuaresma con un pequeño granito de arena.

Conste.

Carta abierta

Señor don Andrés Otermin.

Querido cuñado y amigo:

Con el mayor gusto he leído un artículo de colaboración, que con el título *Qué hace la Sociedad Tipográfica?*, se publica en el último número del importante periódico *EL TIPOGRAFO*. Su lectura me ha sugerido la idea de echar á perder seis ú ocho cuartillas de papel; no porque precises que te indique lo que debes hacer, pues, sé demasiado que tu recto criterio—hoy como siempre—te trazará el camino que has de emprender en asunto tan delicado, pues tu posición como Presidente de la Sociedad, te pone en la *picota*: estás en la obligación de dar un paso que solucione el punto. Sin embargo, aparte de todo, siempre es bueno el cambio de ideas entre los que estamos más ó menos directamente interesados en la cuestión que se debate.

De acuerdo con el articulista, en cuanto se refiere al bien del tipógrafo, paso á exponerte mis ideas al respecto, las que creo no juzgarás contrarias á los ideales que se persiguen de algún tiempo á esta parte.

I

Todos y cada uno de los que, de veinte años atrás, hemos venido regenteando Establecimientos Tipográficos, tenemos en parte la culpa de lo que ha sucedido y viene sucediendo al gremio de que formamos parte. El afán de proporcionarnos trabajo, aunque para ello nos basáramos en *cálculos descabellados*, ó más bien dicho, *de estúpida competencia*, ha dado el fruto que era de esperar!

¿Crées posible, que un trabajo de cualquier clase que sea, y cuyo precio razonable fuese de *cuarenta pesos*, por ejemplo, haya posibilidad de hacerlo por veinte y se *rague al obrero lo que legítimamente le corresponde por su labor*? No, y esto es lo que hemos venido haciendo durante casi un cuarto de siglo.

Yo, como uno de tantos, *he cavado la fosa común*, pero hoy que reconozco el error en que hemos incurrido, estoy en el deber de *ayudar á quienquier que sea*, con tal que la solución que presente, una vez llevada al terreno de la práctica, corte el mal de raíz, y *dejemos de despedazarnos los unos á los otros*.

Juzgo á mi entender, que no es obra de romanos la que hay que hacer para reparar los desaciertos cometidos. No se precisan grandes esfuerzos, es pura y simplemente cuestión de buena voluntad. Con aunarse *diez ó doce* de los tipógrafos que actualmente se hallan al frente de los principales Establecimientos Tipográficos que existen en esta Capital, y que, previa una *madura y razonada discusión, confeccionasen una tarifa general*, que sirviera de *regulador* para los precios que deban cobrarse á las distintas clases de trabajos que hoy se ejecutan en el país, puede decirse que estaríamos del otro lado.

De suponer es, que la *tarifa* no fuera desechada por los propietarios de imprenta, puesto que ellos al consultar sus intereses, *verían que quedaban á cubierto*, y lo que es más aún, que los pondrían en condiciones de *compensar en su justo valor el trabajo del obrero*. No veo otro camino, ni más corto, ni más á propósito para salir del paso y quizá el único que pueda inmediatamente dar el resultado apetecido. Bajo el punto de vista conciliatorio, creo, que procediendo como dejo expuesto, cesaría la lucha entre el *capital y el trabajo*, cosa que todos debemos buscar. En otro sentido lo que se intentara, sería para perder el tiempo lastimosamente.

El pueblo es el que *paga*, no el propietario del Establecimiento; pues bien, *démosle á éste recursos*, y no tengamos *recelo* de que se *muestre ingrato*, con quien pone á su servicio *sus brazos é inteligencia*.

Por otra parte: no creo posible que la Sociedad Tipográfica pueda en ninguna época establecer una imprenta cuyos resultados *pecuniarios* pudieran ser *balagüenos*, y voy á darte las razones que creo oportunas, y que no cabe duda pesarán en la balanza, en cuanto valen.

1.º ¿No crees posible, ó más bien dicho, indispensable, que una vez establecida la imprenta se acentuará más y más la competencia por el abaratamiento de los trabajos, puesto que ella tendría que mirar por su base á los demás Establecimientos de su índole, y que entonces el *desastre* tomaría proporciones irreparables, siendo aún peor el remedio que la enfermedad?;

2.º ¿No opinas conmigo, que los resultados, por grandes que fueran, no responderían á las exigencias de los asociados en la lucha por la vida?;

3.º ¿Que la *desunión* que siempre ha existido en nuestro gremio, lleno de una *incomprensible susceptibilidad*, hallaría un nuevo campo que *explotar*, y en el cual, nos distanciáramos más y más aún de lo que hoy estamos?; y

4.º ¿Que los que estuvieran abajo, no pagarían por subir, y lo que *buenamente se implantara como áncora de salvación*, se convirtiera en un horrible cáos?;

II

No es ese el derrotero á donde debe dirigirse la proa de la Sociedad; hay otro sin escollos, y navegando por él, se pueden alcanzar resultados fructíferos, los cuales, no sólo se extenderán á sus asociados, sino á todo el gremio en general; y es en ese camino en donde la Sociedad encontrará el apoyo de todos los hombres de corazón y de valer.

No puede presentarse ocasión más propicia que la actual para *garantir* el futuro. Hay abundancia de trabajo, y si bien no escasean los brazos, tampoco puede decirse que los haya por demás; pues, bien, convoque la Sociedad al gremio tipográfico, sin hacer distinción de *jerarquías* y que de su seno brote una Comisión que nos imponga los deberes que día en día estamos obligados á cumplir, y desde ese momento, cesará el *desastre* tipógrafo de vivir como hasta aquí, á *merced y capricho del que manda*.

La reglamentación de la labor diaria, es de todo punto indispensable, y su reciprocidad hará cesar el descontento, *habiendo* para siempre la absurda pretensión de exigir CUATRO, cuando el trabajo represente *dos*!

La misma Comisión tendrá en cuenta que la mayoría de los diarios se confeccionan de noche, porque así conviene á los intereses de sus propietarios, y que la labor debe ser considerada en la categoría de los trabajos extraordinarios.

Como en todos los actos de la vida debe imperar la mayor justicia, la Sociedad se verá *obligada* á nombrar una Comisión que fije los honorarios que deben abonarse á los obreros, según la sujeción de cada uno y en relación con el trabajo que desempeñe, porque no es posible seguir como hasta aquí, puesto que lo mismo gana un *tipógrafo inteligente en el arte*, como una *mediocridad*.

No dejaría de ser conveniente también, que la Sociedad fundara una Escuela nocturna, de Dibujo, á la que se pudiera asistir siquiera dos veces por semana, pues como es sabido, es sumamente esencial como complemento de la educación, para el hombre que abarca con *fé e inteligencia* el arte de las artes.

Una de las medidas de trascendencia

que debe tomarse, es la de obligar á los señores regentes de imprenta á no admitir aprendices en el Establecimiento á su cargo, sin que éstos fueran examinados ante una Comisión competente, designada por la Sociedad, y en las épocas que ella juzgue conveniente. El examen sería de gramática, geografía y las cuatro operaciones fundamentales.

Cada seis meses podría organizar la Sociedad una Conferencia literaria, sobre el arte de la imprenta; hay muchos tipógrafos jóvenes ó inteligentes que mostrarían su vastos conocimientos artísticos y literarios, y con sus luces vendrían á levantar el tan decaído espíritu de los que rendimos tributo de admiración y respeto al inmortal Gutenberg.

La misma Sociedad, como Corporación, debiera dirigirse en sentido de *súplica* al Honorable Cuerpo Legislativo, solicitando la libre introducción del papel, de clase y marcas comunes que nos sirven de materia prima, supuesto que no existen en el país fábricas que nos puedan proveer de tan indispensable artículo.

Que á la vez la misma Corporación requiriese del Cuerpo Legislativo, un recargo de 75 % á toda impresión que nos venga del extranjero, siempre que su confección pueda ser hecha en el país, porque es harto ridículo que las leyes que nos rigen se impriman en mercados extraños, que están exentos de las cargas que pesan sobre nuestros hombros.

Sé, querido Andrés, que voy á ser objeto de una crítica despiadada; pero no importa, digo lo que pienso y quedo satisfecho de ello.

No he abordado la cuestión con frases galanas, porque mi pluma se resiste á ello.

Me he extendido quizá más de lo conveniente, y por ello te pide disculpa tu cuñado y amigo.

SEBASTIÁN ROMERO.

Octubre 28 de 1889.

Otra vez las huelgas

(COLABORACIÓN)

En otras ocasiones, hemos tratado hasta casi en demasía la cuestión de las huelgas, recordando acerca de esta palabra lo que dijo Balmés hablando de la filosofía: que hay palabras que todos pronuncian, que pocos comprenden y menos profundizan; y nos atrevemos á afirmar una vez más que lo que significa la expresión huelga pocos la comprenden y menos la practican como es debido entre nosotros.

Sin intentos de volver á detallar el origen de esa defensa del obrero en el presente siglo, nos proponemos, sí, explicar de nuevo cómo y cuándo se debe emplear la huelga.

A la sombra de las buenas doctrinas en pro de la unión que algunos compañeros divulgan entre el gremio, muchos tipógrafos que de todo se acuerdan menos de asociarse, promueven intencionalmente de huelga, que si algunas veces triunfan no es por lo bien que lo hagan ni por la energía que demuestren en sus reclamaciones, sino por ser muy poca cosa lo que piden ó por los atinados oficios de

un buen encargado ante los propietarios; y los cuitados que han creído poner una pica en Flandes, no quieren comprender que solo en ridículo se han puesto y el desdén de los tipógrafos reflexivos han conseguido.

Hay que convencerse de que los movimientos combinados en la pulpería y dirigidos por un apuntador que entre bastidores ó metido en su concha maneja los títeres sin aparecer en escena, no pueden calificarse de huelga, si queremos dar á esa palabra el verdadero sentido que le aplican todas las asociaciones obreras.

La organización de las clases trabajadoras en la civilización actual, tiene una norma muy estudiada y obedece á un fin muy benéfico. Asociarse, y antes que nada asociarse los oficios similares entre sí, y si es posible cada oficio similar unirse á los demás también asociados entre sí; y solo después de estos preliminares es cuando viene la lucha, porque de este modo hay seguridades de triunfo.

Así, por ejemplo, los tipógrafos montevideanos debemos empezar por asociarnos todos como oficio, ya que actualmente no es posible que nos unamos á las otras profesiones; pues unido todo el gremio tipográfico se bastará para salir airoso en lo futuro.

Por lo demás, unidos ó no, los tipógrafos á igual que cuantos tengan que vivir de un sueldo, tienen que reclamar aumento en sus jornales en corto plazo, á más de la disminución de horas de trabajo, porque será difícil el acostumbrarse á vivir en chiqueros inmundos y alimentarse en condiciones pésimas, que es lo que le espera al trabajador montevideano, ante el encarecimiento de la vida que se está notando, si por sí mismo no busca remedio al mal que le amenaza.

Luego, no son arengas entusiastas, ni cantos bélicos, ni trovas melancólicas y *apasionadas* lo que debemos emplear, sino que la sana razón y el frío cálculo han de guiarnos para poder atraer á los compañeros indiferentes á sus propias conveniencias, y una vez todos asociados podremos decirle al capitalista: «Subió el precio de la propiedad, las industrias que explotas te producen con exceso, y si todo tiende á enriquecerte y hacerte nadar en lo superfluo, justo que el obrero, que es causa principal de tu riqueza, pueda alcanzar lo indispensable para poder vegetar.»

Claro que una vez bien organizados, si el propietario se negase á las pretensiones y no impertinencias del obrero, la huelga se impondría, pero una huelga solidaria en que toda la clase tipográfica tomaría parte, unos protegiendo al compañero y otros holgando obligados por la fuerza de las circunstancias, pero no haraganeando.

Esta es la única huelga posible, porque hay que distinguir y saber que la huelga justa y solidaria es á la huelga descabellada é insolidaria, lo que la revolución es á la asonada ó motin; pues en ambos casos una cosa obedece al ansia de mejora ó sed de justicia de una sociedad ó clase, mientras la otra cosa es solo el producto de las maquinaciones de cuatro ambiciosos ó fanáticos que si no son víctimas de espíritu venético, gústales pescar á río revuelto.

Convencidos estamos que para una

gran parte de los tipógrafos, lo por nosotros escrito serán frases perdidas, no en el vacío (como diría cualquier retórico de pega) sino en el *Ueno* del vicio, de la pedantería y del abandono de cuanta idea buena pueda producirse; mas nos conviene dejar constancia de que nunca apoyaremos una huelga que no sea solidaria; porque queremos apartarnos de los extremos, combatiendo lo mismo al que desea que el proletario se deje explotar mientras no sea un sabio, no admitiendo el progreso á saltos, como al que desea progresar haciendo piruetas ó dando saltos mortales, que es un modo de saltar volviendo siempre al punto de partida y aun á riesgo de partirse la cabeza cuando no una costilla.

Asociémosnos, pues, de una vez, y veremos que la huelga no la dejarán producir los propietarios, desde el momento que nos consideren fuertes.

UN OBRERO.

CRONICA

PREPARANDO EL TERRENO—La «Sociedad Tipográfica» repartirá muy pronto en todas las imprentas un considerable número de ejemplares de nuestros Estatutos para que cada cajista, sea ó no socio, pueda poseer uno de dichos ejemplares.

Al mismo tiempo se repartirá una circular explicando la conveniencia que hay en asociarse é instando á todos á hacer una activa propaganda para conseguir el mayor número de socios posible.

Creemos que este empeño de la Tipográfica debe ser secundado por tirios y troyanos, si es posible que entre nosotros los tipógrafos puedan existir blancos y colorados, desde que todos debemos perseguir un mismo objeto, que no es otro que la asociación para precaverlos de futuras escaseces.

Seamos, pues, formales y curémosnos en salud.

LOS CAJISTAS DE «EL SIGLO»—El día 24 del corriente, los operarios que confeccionan este diario presentaron á la Administración del mismo un escrito en el que solicitaban se les pagase extraordinario por las horas de trabajo que excediesen de nueve.

Debido á la cordura de nuestros compañeros de labor en esa imprenta, pues procedieron con sensatez sin recurrir al escándalo, siempre infructuoso y contra-productivo, unido al tacto de nuestro amigo don Alberto Vidal, regente de dicho diario, y á la buena voluntad manifestada por la Administración, gran parte de los deseos de los obreros fueron aceptados.

Mucho nos alegramos de este resultado, pues toda tendencia en pro de nuestro progreso, manifestada honrosamente, es digna de aplauso.

Lo único que sentimos, aunque lo respetamos porque los mismos interesados lo admiten, es que se trabaje tanto de noche, cuando debíamos dirigir nuestros esfuerzos á disminuir el trabajo nocturno.

También debemos declarar que nos ha sorprendido que se haya fijado en *nueve* las horas de trabajo, pues alguien había dicho públicamente que eran *siete*; pero ya hemos visto, por lo que ha sucedido,

que al de las *siete* horas hay que hacerle tanto caso como al que sueña.

Adelante, pues, que es lo que importa.

ADELANTOS PALPABLES—Tan contagiados estamos por la ambición, que casi puede decirse que en el gremio domina la idea de recordar y aplaudir á aquellos patrones que retribuyen debidamente á sus trabajadores, creyendo que sólo son progresos los del aumento de sueldo, sin recordar que se están produciendo otros perfeccionamientos, que si no tan *relucientes* como los enunciados, prometen un porvenir más seguro al arte en Montevideo.

Nos referimos al desarrollo de los talleres de obras desde há poco; pues sin acordarnos de los *patibulsos tipográficos* que se levantan en todas las *encrucijadas*, ó sean boliches de imprenta, vemos que muchas empresas de diarios poseen talleres de obras en los que se ejecutan impresiones bastantes buenas; así como también vemos que ya existen algunas casas puramente de trabajos particulares más perfectos, como El Siglo Ilustrado, lo de Peña, lo de Godel y la Imprenta Artística.

Recientemente hemos visto dos copias (una á tres y la otra á cuatro tintas) de una carátula dedicada á embellecer la Memoria presentada por el Ministerio de Justicia, C. é Instrucción Pública á las Cámaras, cuya carátula está tan bien combinada é impresa con limpieza y exactitud tales, que sirve de *mentis* á los que afirman que en Montevideo no puede trabajarse tan bien como en cualquier otra parte.

No extrañe, pues, que felicitemos á los dueños de la Artística en donde tal carátula se ha hecho, que saben acreditar el nombre que á su taller aplicaron, del mismo modo que felicitamos á los de las demás tipografías que ayudan con sus casas á formar el verdadero tipógrafo, que es el cajista de remiendos y no el compositor solamente.

UNA INTRIGA EN PERSPECTIVA—Según nos ha informado una persona que nos merece entero crédito—parece que uno de los operarios de cierta imprenta de la capital intenta presentar en breve un presupuesto con una rebaja de 50 pesos al existente en la misma casa. Dicha rebaja representa la supresión de un obrero; y de ahí no sería difícil se eliminase también á uno de los regentes que allí trabajan, para darle preferencia al proponente, aunque *el otro* quedase haciendo un papel nada envidiable.

Estos son los únicos datos que hemos podido obtener sobre este *negocio*. Si desgraciadamente llegara á *realizarse*, hemos de poner al corriente al lector de la intriga que hoy se intenta llevar á cabo. Por el momento creemos prudente no hacer más comentarios al respecto.

BIEN, MUY BIEN—Leemos con satisfacción en *La Capital* de La Plata, lo siguiente:

«A los cajistas—¿Qué oficio más noble que el vuestro? Si la agricultura es la nodriza del Estado, como afirma un publicista ¿qué no será la imprenta para la república de las letras? Nodriza del entendimiento, granero de portentos, arca de tesoros inmortales. Y vosotros los cajistas, agricultores de nuevo orden, que multiplicais diariamente el grano

bendecido de las ideas, allí sentados sobre un duro banco, fija la vista en los manuscritos, con el componedor en una mano y llevando en la otra el hilo misterioso del pensamiento. *Hijos de Gutenberg!* vuestro trabajo es fecundo é inmortal obra que no perece; labor sublime que de mano en mano, de generación en generación pasa, se perpetúa, repartiendo maravillas á granel, regando sobre el haz de la tierra las flores del pensamiento y las conquistas del genio. De vuestras manos sale el periódico, libro del día, respiración del progreso! Cuando descansais en la noche ya millares de almas han apagado su sed, alimentando la mente con vuestro trabajo del día.

Alejaos de la caja y vereis como la civilización se asfixia.

Pero trabajad, trabajad de mañana y tarde, tiznaos los dedos con el plomo de la idea, cargad el componedor con los tipos, esas municiones de paz y de talento, que tantos estragos han causado en las filas de la ignorancia; componed sin descansar, y vereis al mundo como avanza, camino de gloria, respirando portentos por doquiera.

Cajistas! desde el borde de la caja dais al Universo más potencia que el vapor, más brillo que la electricidad porque revelais á las gentes la inteligencia, palanca que todo lo mueve, sol hermosísimo que todo lo alumbra sobre la tierra.»

Bien, muy bien, volvemos á repetir; y nosotros, halagados por las cariñosas frases que nos dedica su autor, enviámosle desde las humildes columnas de EL TIPÓGRAFO, la expresión de nuestro reconocimiento.

PARA LOS QUE DIVIDEN LOS DIPTONGOS—Copiamos de un diario extranjero:

«Una palabra de 53 letras—Se habla mucho de lo largas que son á veces las palabras alemanas, pero no creemos que hasta ahora se haya encontrado una palabra más larga que la siguiente, que viene en un semanario de Berlín, titulado «Revista de las invenciones y privilegios de invención»:

«Metaamidomethylathylmethylbenzylidiamidophenylcarbinol.»

RECUERDOS DE LA ANTIGUA IMPRESIÓN—Un caballero argentino, heredero de uno de los apellidos más antiguos del Plata y bibliófilo distinguido, tuvo conocimiento hace poco de que en la ciudad de Corrientes y en poder de una vieja negra, ex esclava, se hallaba una biblia que no sólo por sus dimensiones, sino también por los caracteres de la impresión, era toda una curiosidad: según versiones este libro lo había obtenido la negra por regalo de un hijo suyo que le extrajo de un Convento de Jesuitas, en ruinas, durante la guerra del Paraguay.

Quien le transmitía los datos afirmaba que el libro debía tener «lo menos cien años»

El bibliófilo, que es un hombre que por un libro viejo sería capaz de irse al infierno, se largó á Corrientes y buscó la vieja negra, comprándole el libro en cien pesos.

La biblia—única tal vez en toda América, es un ejemplar de aquellos pocos impresos por Aldino en el siglo XV y que fueron los primeros libros que se imprimieron en el mundo.